y Julia no eran, como sus amigas, mejor dicho, como las que se llamaban sus amigas, mujeres anémicas de cuerpo y de alma, seres enfermizos que despiertan en el verdadero feminista, ideas de rebelión, cuando no de compasión culpable por quienes, de la vida, no quieren conocer sino lo que es superficial, lo que es efímero, lo que no vale la pena de ser considerado.

Pero la suerte, que siempre obstaculiza á quien tiene puestos los ojos en lo ideal, se impuso en aquel hogar, hiriendo de muerte al padre y obligando á las hijas á abandonarlo todo é ir á ocultar su miseria en Mérina Augusta, un pequeño pueblecillo á orillas del mar.

Á aquel apartado rincón, en tiempo del descanso veraniego, llegaron dos artistas, un pintor y un músico: un pintor de sentimientos delicados, en cuya paleta, como en su alma, había solamente tintas dulces, cernidas por gasas color de ópalo, una paleta de sol nublado en la que el verde de los montes, ese verde de lujuria, se convertía en un verde apagado, el verde de las grandes esperanzas. Sus pinturas estaban hechas con líneas suaves, cuya curvatura apenas se notaba, precisamente como son apenas perceptibles las curvas de un cuerpo de mujer diosa. Y así sus sentimientos, y así sus aspiraciones: ninguna violencia para los primeros, ninguna brusca desviación para las segundas. Si llegase á amar en una época lejana sería con un amor suave, con ese amor que no sabe de pasiones violentas, que no conoce imposiciones tiránicas para con la mujer amada, pero que al mismo tiempo no sabe plegarse ante ninguna ley divina, ante ningún decreto humano. El músico, su compañero, aborrecía el mar porque sonaba á besos, aborrecía el aire porque su diálogo con las cosas era un diálogo de amor, y él necesitaba oir sollozos y coléricas imprecaciones; pero era un artista completo: de su violín se desataba siempre un torrente de armonías que llenaban su alma de satisfacción porque en aquellas manos delicadas, el violín sollozaba á veces con sollozar de virgen desesperanzada, y á veces imprecaba con imprecaciones de Promoteo encadenado.

El pintor, Alberto, un enamorado de todo lo que era línea y color, puso su corazón de artista á los pies de Julia, porque en Julia le cautivaron sus ojos sombríamente azules, sus labios rojos en donde la voluntad poseía un nido, su cabellera leonina y su espíritu que era de arte y de ensueño, del arte verdadero y del ensueño que satura el alma de vida y de energía.

El músico, Enrique, acostumbrado á las melodías espirituales, se enamoró de Dolores, porque era pálida, porque era rubia, porque era melancólica con esa melancolía que él buscaba en sus sonatas preferidas, porque tenía la idealidad que encontramos en todos los cuadros de los pintores prerafaelistas.

Aquellos amores, que pronto encontraron eco en las almas de las dos señoritas las enseñó á soñar para soñar, á soñar en el amor que une las criaturas sólo por la dicha de amar y de ser amadas, sin saber de dónde viene el ser amado y sin que sientan el ansia de saber á dónde las llevará aquella pasión.

Amar el amor sin reparar en los obstáculos que la vida envidiosa coloca en el camino, estrecho, es verdad, pero en el que caben dos seres muy abrazaditos como con temor de que el velo que les oculta al resto de la humanidad se desgarre al prenderse en una de las ramas de los arbustos que van asaltando el sendero por donde ellos pasan.

Que las llevara á la ventura, que las llevara al sufrimiento, Dolores y Julia siguieron aquella ruta encantada que no conocían. Para ellas era tan hermoso el amar!

Pero Alberto fué el único que se atrevió á declarar sus sentimientos, en una noche de luna, á orillas del mar, oyendo juntos con las acariciantes melodías de las olas las dulces estrofas de una amorosa de Beethoven que gemía en las cuerdas del violín de su compañero, el cual no sabía expresar